



Locke, Berkeley y Hume: tres empiristas frente a la catedral de San Pablo en Londres

IVAN SAN MARTÍN CÓRDOVA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
ivan_san_martin@hotmail.com

Arquitecto y maestro en urbanismo por la UNAM. Doctor en arquitectura por la Universidad Politécnica de Cataluña (UPC), España. Investigador titular en la Facultad de Arquitectura de la UNAM. Publicó el libro *Estructura, abstracción y sacralidad, la arquitectura religiosa del Movimiento Moderno*, premio INAH Francisco de la Maza 2017 como mejor investigación. Nivel I del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Obtuvo el Premio Juan O’Gorman de investigación por el Colegio de Arquitectos de México. Es fundador del capítulo mexicano de Documentación y Conservación del Movimiento Moderno (DOCOMOMO). Es miembro de ICOMOS México, de la Academia Nacional de Arquitectura y del Comité Internacional de Críticos de Arquitectura (CICA). Recientemente concluyó la Licenciatura en Filosofía como segunda carrera en la Universidad del Claustro de Sor Juana (UCSJ).

VERÓNICA DÍAZ DE LEÓN BERMÚDEZ

UNIVERSIDAD DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA
v_diazdeleon_b@yahoo.com.mx

Profesora-investigadora de Tiempo Completo de la Universidad del Claustro de Sor Juana. Doctora en Filosofía por la Universidad Iberoamericana. Maestra en Filosofía por la UNAM y licenciada en Filosofía por la Universidad del Claustro de Sor Juana. Ha participado en diversos congresos nacionales e internacionales. Publicó el libro *Escepticismo y metodología en René Descartes. Apuntes circundantes al espíritu dubitativo y la epistemología metódica*. Es directora editorial de *Agnosia*, Revista de Filosofía de la UCSJ.

El mundo contemporáneo arrastra las perspectivas de tiempos pasados, si bien transformadas, matizadas o reinterpretadas, pero que ineludiblemente influyen en la interpretación de todo lo que nos rodea, entre ello, la arquitectura. Algunas de las actuales perspectivas subjetivistas o relativistas, así como las teorías de percepción que solemos aplicar a las obras son el resultado de posturas filosóficas, tales como la fenomenología—aunque surgida antes, tuvo un gran impacto en el siglo XX—, o más remotamente del empirismo de siglos pasados. No obstante, la lectura de los libros seminales de aquellas posturas filosóficas puede llegar a ser críptica y pesada para quienes tienen una formación profesional distinta, por lo que la aplicación de ejemplos históricamente informados suele ser una herramienta didáctica. Con este texto se espera que la posibilidad hipotética de presentar a tres autores frente a una misma obra que les fue contemporánea, nos permitirá evidenciar las diferencias y similitudes entre sus correspondientes teorías filosóficas de la percepción. **Palabras clave:** filosofía, empirismo, percepción, realidad, arquitectura.

The contemporary world draws on the perspectives of bygone times, whether transformed, nuanced or reinterpreted, but which inevitably influence the interpretation of everything around us, including architecture. Some of the current subjectivist or relativist perspectives, as well as the theories of perception that we usually apply to architectural objects are the result of philosophical positions, such as phenomenology—although it arose earlier and had a great impact in the twentieth century— or more distantly, of the empiricism of past centuries. Nevertheless, the seminal books of those philosophical positions can be cryptic and difficult to read for those who have a different professional education, which is why the application of historically informed examples is a usual tool in their training. With this text we hope that the hypothetical possibility of presenting the reactions of three authors to a work that was contemporary to them will enable us to study differences and similarities between their corresponding philosophical theories of perception. Keywords: philosophy, empiricism, perception, reality, architecture.

INTRODUCCIÓN

Se suele decir que las comparaciones son odiosas, pues pueden incomodar a las personas que se hallan presentes y son objeto de tal contraste. Sin embargo, cuando se trata de autores de otros tiempos, las comparaciones pueden ser una herramienta epistemológica muy efectiva, ya que permite no sólo describir y analizar, sino confrontar un pensamiento con otro, para establecer conexiones y discontinuidades. He aquí el propósito de este breve ensayo en torno a las aportaciones teóricas de tres personajes que enarbolaron el llamado empirismo filosófico: el inglés John Locke, el irlandés George Berkeley y el escocés David Hume quienes, si bien compartieron el enfoque de situar a la vivencia humana como fundamento para la

construcción de sus respectivas epistemologías, también es posible encontrar profundas diferencias entre ellos. Y como los tres partieron de lo empírico, nos valdremos de una ficción literaria que los situará frente a un hecho arquitectónico que muy seguramente conocieron en vida: la Catedral de San Pablo en Londres, ello con el fin de exponer sus principales cavilaciones en torno a la percepción del mundo y la construcción del conocimiento humano. Optamos por el carácter ficcional del texto porque también es una vía para guiar y mejorar las investigaciones teóricas, como bien lo ha hecho notar la filósofa estadounidense Carolyn Korsmeyer en sus textos sobre filosofía del gusto, un camino que esperamos acercará al lector a una hermenéutica de las tesis de los tres autores abordados.



Figura 1. Exterior actual de la Catedral de San Pablo, Londres, Reino Unido. Ésta y todas las fotografías del texto son de Iliana Miranda Zacarías, Londres, septiembre de 2018.

I

En 1647 John Locke visitó Londres por primera vez, al ser enviado por su familia con grandes esfuerzos económicos a estudiar medicina en la prestigiosa Westminster School. La capital le parecía muy extensa, comparada con Wrington, el pequeño pueblo donde nació en 1632 y aun con la ciudad de Bristol, a donde se había mudado su familia.

El gran incendio que asoló gran parte de la ciudad de Londres ocurrió en 1666, justo el mismo año en que él terminó de escribir el *Ensayo sobre el entendimiento humano* y que sería publicado años después. La antigua catedral había sido afectada por aquella catástrofe, por lo que fue necesario demoler los viejos restos medievales y erigir una nueva obra. El proyecto de la futura catedral de San Pablo recayó en el arquitecto británico Christopher Wren y comenzó a construirse en 1676, cuando Locke ya se encontraba viviendo en Francia, a raíz de que su protector político había caído en desgracia. Así que fue hasta 1679 cuando a su regreso la pudo conocer; para entonces ya estaban construidas las partes bajas de la magnífica catedral barroca.

La curiosidad había sido uno de los rasgos principales del doctor Locke, pues se interesaba en todo aquello que fuera producto del conocimiento humano. Así que una fría mañana de domingo emprendió el camino por la avenida de Ludgate Hill, dirigiéndose hacia la parte más alta de la ciudad, justo donde se erigía el futuro templo anglicano. Cuando estuvo frente a ella corroboró todas aquellas teorías epistemológicas y perceptuales que había sostenido hasta entonces.

Todas las ideas de la mente humana provenían primero por las sensaciones y luego por las reflexiones, tal y como lo había escrito en su *Ensayo*: “Preguntar en qué momento tiene ideas un hombre es tanto como preguntar cuándo empieza a percibir, puesto que tener ideas y percibir son la misma cosa”.¹ Por tanto, la catedral que tenía frente a sí, hacía que germinasen ideas en la mente humana, por lo que era imposible sostener la existencia de ideas

innatas implantadas por Dios, como lo habían sostenido el francés René Descartes y otros filósofos y teólogos. En contraste, la mente humana era la única que producía los dos tipos de ideas que había: las simples y las complejas; las primeras ocasionadas por la impresión de alguno de los cinco sentidos, y las segundas como resultado de unir y comparar las ideas simples entre sí.

Cuando se acercó a las partes bajas de las robustas columnas recordó que él sostenía que eran cuatro los tipos de ideas simples: al ver el color de la piedra, su mente produjo una idea simple, pero cuando aproximó su mano y tocó su solidez, la idea simple ahora era provocada por la acción de dos de sus sentidos, pues su tacto informaba acerca de la textura; al quedarse juzgando esta experiencia, su mente se vio invadida por otro tipo de idea simple, producto de su propia reflexión.

Pasó varios minutos cavilando hasta que comenzó a sentir un ligero dolor en su mano derecha, a causa de la excesiva frialdad de aquella mañana de febrero: en efecto, el dolor provocaba un cuarto tipo de idea simple, resultado de la combinación de sensaciones y reflexiones, por lo que su volición le hizo retirar rápidamente su mano y resguardarla en la bolsa de su cálido abrigo de lana. Se trataba justamente de una idea simple proveniente de la reflexión, tal y como lo había explicado en su famoso *Ensayo*:

Recibiendo del exterior la mente las ideas [...] cuando dirige su mirada hacia adentro sobre sí misma, y observa sus propias acciones acerca de las ideas que tiene, toma de allí otras ideas, que son tan capaces de ser objeto de su contemplación, como cualesquiera de aquellas que recibió de cosas exteriores.²

En ese instante escuchó las lejanas campanadas del Big Ben, por lo que reflexionó que ya era tiempo de tomar el carruaje a Shaftesbury. Dirigió una última mirada a la construcción y no pudo evitar recordar el caso que el sabio filósofo franco-irlandés le había presentado: “¿Qué hubiera pensado aquel ciego, del reto que me expuso el señor

1. John Locke, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, México, Centro de Estudios Públicos, 1987, p. 87.

2. *Ibid.*, capítulo VI, párrafo 1, p. 106.



Figura 2. Probablemente las partes bajas de la catedral fueron las secciones que conoció Locke, pues la obra estaba en plena construcción. La visualización del color blanco del mármol le produciría una idea simple, pero al tocar su frialdad, una nueva idea simple habría surgido entonces, sumándose a la anterior.



Figura 3. Cuando se suman dos ideas simples producidas por la percepción de dos sentidos humanos, el resultado es una tercera idea simple más completa, que permite incrementar el conocimiento de un objeto. Entre más sentidos se dirijan a una cosa, más conocimiento tendremos sobre ella: no conocemos igual algo que sólo vemos por medio de una fotografía, que cuando además lo tocamos u olemos.



Figura 4. Cuando varias ideas simples se producen en nuestra mente se produce un tipo de cuarta idea simple, aquella en la que ya interviene nuestra reflexión. Por ejemplo, si al tocar estas esculturas que observamos en el interior de la catedral, no encontrásemos frialdad en ellas, probablemente reflexionaríamos y supondríamos que están hechas de un material diferente.

Molineaux,³ al sentir la piedra fría de aquella columna? ¿Habría tenido las mismas ideas simples y complejas que yo mismo acabo de experimentar? ¿Cómo hubiera percibido la catedral una vez recobrada la visión?”.

Más aún, ya completamente envuelto en sus cavilaciones vino a su mente el complejísimo tema sobre la sustancia, que desde la Antigüedad había torturado a los filósofos, dado lo movedizo del suelo en el cual se suele abordar el tema: ¿la catedral es porque en sí tiene una sustancia o es por las cualidades de las piedras (la solidez, el color, la temperatura) que la constituyen? O en el extremo de la reflexión: las columnas de esta catedral, ¿son “una cosa sostenida por una base, y a su vez una base es algo que sostiene una columna?”.⁴ Preguntas inevitables para un empirista de primer orden, como lo era el doctor Locke, cuya única respuesta sensata es que “en el mundo la sustancia de las cosas existe [...] sólo que no sabemos lo que es”.⁵

Así, mientras caminaba no pudo dejar de recordar la imagen de los muros inconclusos de la catedral, activando con ello su capacidad retentiva, la segunda facultad de la mente humana, pues sus ideas habrían sido almacenadas en su memoria, por lo que estarían disponibles para cuando decidiera revivir aquellas percepciones. Locke no sabía que tendrían que pasar nueve años para que volviera a estar frente a las obras de la Catedral de San Pablo, aunque nunca pudo verla terminada, pues fue concluida hasta 1708, cuatro años después de la muerte de aquel médico y brillante filósofo inglés.

3. William Molyneux (1656-1698) fue un filósofo irlandés contemporáneo de Locke, con quien intercambió reflexiones acerca del *Ensayo del entendimiento humano*. El producto más conocido de este intercambio es lo que se conoce como “el problema de Molyneux”: “Suponga que un hombre, que nació ciego y ahora es un adulto, aprendió a distinguir mediante el tacto un cubo y una esfera, hechos del mismo metal y del mismo tamaño, de manera que puede decir, cuando toca alguno de los dos, cuál es el cubo y cuál es la esfera. Suponga ahora que el cubo y la esfera son colocados en una mesa y que el hombre recobra su vista. Pregúntese entonces: ¿podrá este hombre, por medio de la vista, y antes de tocarlos, distinguir cuál es el cubo y cuál es la esfera?”. Cfr. Locke I, p. 132.

4. Pietro Emmanuele, *Los cien táleros de Kant. La filosofía a través de los ejemplos de los filósofos*, Madrid, Alianza, 2003, p. 106.

5. *Ibid.*, p. 107.

II

Las obras de la Catedral de San Pablo continuaron lentamente, tal y como solía ocurrir con ese tipo de grandes edificaciones religiosas. En 1708 fue colocada la esbelta linternilla, aquel elemento que coronaba la inmensa cúpula que podía ser percibida desde cualquier lugar de la ciudad. Los trabajos decorativos prosiguieron, incluso poco después de haber sido oficialmente inaugurada por el Parlamento británico la noche de Navidad de 1711, constituyéndose así en el símbolo mundial de la fe anglicana.

Fue dos años después, en 1713, cuando el joven irlandés George Berkeley conoció Londres por primera vez, ya que toda su infancia y juventud se habían desarrollado en Dublín, donde había egresado como profesor de griego del prestigioso Trinity College. No obstante, el hecho de pasar por la capital londinense no era de su entero agrado, pero como había escuchado tantos relatos acerca de la nueva catedral, pensó que sería necesario tenerla frente a sí para confirmar que entonces *también* existía para él. Así que le pidió al cochero que lo dejase en Cannon Street, para poder ver desde lejos la magnífica obra. Al acercarse, su mente comenzó a distraerse en algunos otros pendientes: estaba dándole las últimas revisiones a los *Tres diálogos entre Hylas y Philonus*, donde defendía algunos de los planteamientos teóricos plasmados tres años antes en el *Tratado de los principios del conocimiento humano*.

Caminaba absorto, cuando de repente se encontró ya frente a la fachada oriente de la suntuosa catedral barroca. El impacto fue inmediato, por lo que Berkeley se preguntó: “¿realmente existe este edificio? ¿O sólo existe para mí? De lo único que estoy cierto es de mi propia vivencia, por lo que la catedral sólo existe como cosa percibida por mí”.

A continuación, muy lentamente sus ojos comenzaron a posarse en todos los detalles arquitectónicos: en las columnas, en las esculturas y en las ventanas; quiso entonces atisbar la cúpula que había visto desde lejos, pero como se encontraba muy cerca del nacimiento de los muros, era imposible verla desde ahí; “no existe entonces esa linternilla —pensó— pues en el momento que dejo de percibir las cosas, éstas dejan de tener existencia al menos para mí”. Desmaterializaba así su substancia extensa.

Se aprestó a sacar el cuaderno de notas que siempre cargaba consigo y se sentó sobre la escalinata de la majes-



Figura 5. Para Berkeley, sólo cuando estamos físicamente frente a los objetos materiales es cuando *existen* para la vivencia humana. No quiere decir con ello que, como se ha malentendido, si no los vemos entonces ellos no existen *para nadie*, sino sólo que no existen *para nosotros* como vivencia humana. Probablemente por estos objetos las personas prefieren viajar y conocer los monumentos, para que *existan* en su propia vivencia, en vez de sólo verlos a través de imágenes fotográficas.



Figura 6. Desde las teorías de Berkeley, cuando estamos en el interior de un edificio, el exterior desaparece frente a nuestra percepción y, por lo tanto, *no existe* para nosotros, aunque *sí exista* para alguien que lo observa desde afuera. La existencia de las cosas depende de nuestra propia vivencia, por lo que aquello que nadie percibe, no existe para nadie (por ejemplo, una escultura griega depositada en el fondo del mar).

tuosa catedral para poder escribir mejor sus discernimientos: “el hombre sólo puede conocer directamente sensaciones e ideas de objetos, pero no de abstracciones”, es decir: “*Esse est percipi*. Existir es ser percibido”.

Hoy sabemos que aquellos cuadernillos serían publicados póstumamente y plasmarían fehacientemente sus afirmaciones, dudas y hasta contradicciones de su pensamiento en profundo cambio. Anotó entonces: “Nada existe propiamente sino las personas, esto es, cosas conscientes, todas las otras cosas no son tanto existencias sino maneras de la existencia de las personas”.⁶ En ese instante se distrajo con una paloma que se acercaba a él con manifiesta cautela... él estiró su mano, pero no logró tocarla, pues emprendió asustada el vuelo fugitivo, por lo que entonces escribió: “El movimiento, la figura y la extensión perceptibles por la vista son diferentes de las ideas percibidas por el tacto que llevan el mismo nombre”.⁷

Ahí se mantuvo sentado por varias horas y aunque el tiempo que marcaba el Big Ben seguía su inexorable marcha, para él tenía un sentido distinto, pues finalmente hasta la percepción del tiempo era distinta para cada ser humano o cosa viviente, así que escribió: “Por todo lo que sabemos, la edad de una mosca puede ser tan larga como la de un hombre”.⁸ No supo a qué hora exacta se fue de ahí, pero ahora sabía que la catedral había existido para él. ¿Seguiría ahí para la próxima vez que estuviese en Londres? El movimiento del carruaje no le permitía escribir adecuadamente, por lo que cuando llegó a su destino, anotó:

Aún si se concede que haya sustancias extensas sólidas [...] sin la mente es imposible que la mente las conozca o las perciba, pues aun conforme a los materialistas la mente sólo percibe las impresiones que se hacen sobre su cerebro o más bien las ideas que acompañan a esas impresiones.⁹

6. George Berkeley, *Comentarios filosóficos*, trad. José Antonio Robles, México, UNAM, 1989, p. 20.

7. *Ibid.*, p. 28.

8. *Ibid.*, p. 22.

9. *Ibid.*, p. 25.

El joven irlandés ignoraba que volvería en varias ocasiones a aquella catedral anglicana, pues después de algunos viajes por Europa y las Bahamas, regresó a su patria en 1721 para obtener su doctorado en Teología en el Trinity College de Dublín. Luego, en 1724 lo hicieron deán en Derry, Irlanda del Norte y diez años después obispo de Cloyne, una pequeña ciudad cercana a la costa sur de Irlanda, prácticamente de cara al Atlántico, un océano que para Berkeley sí había existido, al menos cuando fue percibido por él desde la cubierta del barco que entonces lo llevaba a las Bahamas, muchos años antes de consagrarse a la fe anglicana.¹⁰

III

Cuando el joven escocés David Hume pasó por Londres la primera vez aún no había escrito la primera versión del *Tratado de la naturaleza humana*. Era 1734 y se dirigía hacia Liverpool para cruzar el estrecho y residir en Francia, país donde redactaría aquél novel texto, por tres largos años. Cuando regresó a la isla en 1737, tampoco pudo darse tiempo para conocer la catedral de San Pablo en la capital londinense. Iba camino a Edimburgo, su ciudad natal, para hacer compañía a su madre y hermana, pues se encontraban desamparadas a causa de la muerte de su padre. Dos años después, en 1740, sería finalmente publicado su *Tratado*, al que le seguirían los *Ensayos, moral y política* al año siguiente, y nuevamente la reescritura de su *Tratado* para orientarlo a una divulgación para un público no especializado. Así que fue hasta 1746 cuando volvió a pasar por Londres, nuevamente rumbo a Francia, bastante decepcionado por no haber podido obtener una plaza de profesor de Ética en la Universidad de Edimburgo, su *alma máter*, a causa de la fama de “ateo” que se había hecho. En aquella ocasión no perdería la oportunidad de conocer la obra, aunque desde luego no le animaba motivo religioso alguno.

10. La radicalidad metafísica del pensamiento berkeleyano se verá con mayor contundencia en la distinción que el filósofo irlandés hace entre espíritus e ideas: “Los primeros [espíritus] son sustancias activas indivisibles, simples e incorruptibles... en tanto que las ideas... son seres inertes fugaces (pasiones perecibles) o dependientes, los cuales no subsisten por sí mismos, sino que son soportados por una mente o sustancia espiritual, o existen en ella”. George Berkeley, *Berkeley's Philosophical Writings*, Nueva York, Collier-Macmillan, 1980, p. 190.



Figura 7. El sentido de la vista es distinto al resto de los sentidos humanos, pues provoca ideas diferentes en el conocimiento de estos. Nuestras vivencias, sometidas a las percepciones de los sentidos, son las que dotan de existencia y materialidad a las cosas. Incluso la percepción humana del tiempo es distinta en cada caso: unos minutos sentados en las escalinatas de esta catedral pueden percibirse extremadamente prolongados y significativos para nuestra vivencia particular.

Para entonces la catedral anglicana estaba en todo su esplendor, pues ya había sido completada en todos sus detalles. Habría ya muerto Christopher Wren, su arquitecto creador, y habían pasado varias décadas desde la muerte de John Locke en 1704, mientras que Berkeley rondaría los sesenta y un años, siete años antes de su fallecimiento. David Hume, en cambio, se encontraba en plena productividad intelectual, con treinta y cinco años cumplidos, constituyéndose como el tercero de aquella brillante triada que la historiografía filosófica reconocería como el empirismo británico.

El cochero lo dejó del otro lado del Támesis, así que cruzó el puente de Londres, caminó por King William Street para finalmente llegar a St. Paul's Churchyard, la avenida que flanqueaba el lado sur de la imponente obra. Decidió primero rodear enteramente el exterior de la obra, para después finalmente ingresar al oscuro interior del templo. Qué diferente era de la gran iglesia de Edimburgo, obra gótica construida a finales del siglo XV como templo católico, pero que había sido convertida en el siglo siguiente a la denominación presbiteriana a causa de los reformistas protestantes en Escocia; en contraste, San Pablo en Londres estaba lleno de alusiones clasicistas, propias del barroco inglés, para así erigirse como un digno rival de la basílica católica de San Pedro en Roma.

Una vez dentro, Hume se sentó en una de las bancas laterales, y ahí permaneció durante varios minutos, sólo observando... Las impresiones comenzaron a fluir en su interior, pues estaba convencido de que no existían ideas innatas implantadas por divinidad alguna, sino por el contrario, todas ellas eran producidas por acción de sus cinco sentidos. Recordó entonces el exterior del templo que había recorrido apenas hacía escasos minutos: ahora eran las ideas las que poblaban su mente, se trataba del otro tipo de operaciones psíquicas encargadas de reproducir las representaciones mentales de su pasado. Así lo reescribiría cinco años después, al publicar su *Investigación sobre el conocimiento humano* en 1751:

[...] podemos dividir todas las percepciones en dos clases o especies, que se distinguen por sus dos diferentes grados de fuerza o vivacidad. Las menos fuertes e intensas suelen llamarse pensamiento e idea; la otra especie

carece de nombre específico en nuestro idioma [...] concedámonos un poco de libertad y démosle el nombre de impresiones [...] con el término de impresión pretendo denominar nuestras percepciones más intensas [...].¹¹

Para él las impresiones se experimentaban siempre en el presente, mientras que las representaciones rememoraban a los hechos del pasado, razón por la cual, pensaba Hume, el ser humano experimentaba siempre un mayor número de ideas que impresiones a lo largo de su vida, pues cada idea procedería siempre de una primera impresión sensible. Y si no la había, se trataba entonces de una acción imaginativa, una operación de la mente, que quizá sería producto de la asociación de ideas y, por lo tanto, carente de toda referencia a una realidad sensible.

Así sucedía, pensaba el joven escocés, con la idea de substancia, de existencia y de causalidad, ya que ninguna de ellas era causada por alguna impresión sensible, pues ¿quién había tenido una experiencia sensible a partir de una substancia específica?, o bien ¿cuál de los sentidos humanos era el causante de la idea de existencia?, pues la suma de las percepciones de cada sentido humano no conduciría a una única idea de existencia. Tampoco la causalidad era producto de una impresión sensible, pues se trataba de relaciones entre las cosas, vínculos no arbitrarios causados por la memoria, ya sea por su semejanza, por su contigüidad, o por su repetición. Esto se encarna en su famosa crítica al *principio de causalidad*: la causalidad no es una necesidad, es una costumbre, es la base de nuestra vida cotidiana pero no por ello constituye una certeza. La causalidad es una probabilidad mayor que otras, pero no una verdad sino más bien una ilusión.

En todo esto pensaba Hume, cuando fue interrumpido por un señor que le avisaba que iba a cerrarse el templo, y que lo invitaba a que terminara de rezar. El escocés sonrió ligeramente, pues las oraciones era algo que nunca se le había dado bien... tampoco la idea de Dios, y mucho menos la posibilidad de una metafísica... Los pesados

11. David Hume, *Investigación sobre el conocimiento humano*, Madrid, Mesta Ediciones, 1990, p. 32.



Figura 8. El ser humano posee dos clases de percepciones: las ideas o pensamientos, que son más débiles y, las impresiones, que son más intensas. Si Hume se encontrase al interior de esta catedral podría recordar el exterior que acababa de percibir. Los pensamientos que recordamos son una representación psíquica de nuestras impresiones pasadas.



Figura 9. Las impresiones siempre ocurren en la realidad presente y sensible, mientras que las ideas pueden darse hacia el pasado o hacia el futuro; las primeras constituyen los recuerdos de nuestras acciones, mientras que las segundas son acciones imaginativas, producto de asociar unas cosas con otras, pero siempre conocidas: por ello los seres humanos no son capaces de imaginar cosas o mundos que no tengan referencia a su propia naturaleza o al mundo que ya conocen.

portones cerraron tras él. Hume nunca volvería a aquella catedral, pero se llevaba en su mente las ideas producidas por sus impresiones, al menos hasta el día de su muerte en 1776, veinte años después de aquella visita londinense.

EPÍLOGO

Estos tres empiristas hicieron varias aportaciones en torno a la filosofía occidental. Por una parte, ofrecer un camino alternativo, pero derivado inicialmente del racionalismo de Descartes. Los derroteros filosóficos del empirismo se fundamentaron en la vivencia humana, la cual, si bien era producto de hechos empíricos, construía su propio conocimiento humano. Locke se apoyó fuertemente en Descartes; aunque niega el innatismo de las ideas, sí consideró la existencia de la *res cogitans*, la extensa y la divina.¹² Berkeley fue un poco más lejos, pues se atrevió a desmaterializar a la *res* extensa, no así el *cogito* y mucho menos la *res* divina, como bien podía uno esperar de un buen obispo. En cambio, Hume no sólo negó toda posibilidad a la *res* divina, a la metafísica y a la ontología, sino que redujo la vivencia humana a un mero psicologismo, lo cual abrió la puerta a nuevos desarrollos desde la fenomenología subsecuente.

Atrás quedarían la substancia del objeto y el “yo” pensante y aislado, pues el empirismo mostró que el pensamiento humano era ante todo una relación vivencial entre el sujeto cognoscente y el objeto a conocer. Diezmada también quedaría la metafísica y el innatismo de las ideas, sobre todo a causa de Hume, por lo que tendría que esperarse su salvamento por parte de Kant, cuya propuesta rebasa los alcances de este breve ensayo.

CONSIDERACIONES FINALES

La confrontación hipotética entre las ideas del empirismo británico y la arquitectura nos ha permitido mostrar el intenso vínculo, no siempre tan visible, entre la filosofía y las formas y espacios construidos. Las distintas perspectivas de Locke, Berkeley y Hume frente a un mismo edificio, que les fue contemporáneo, permite recordar que las obras arquitectónicas no se perciben igual, no sólo porque

12. René Descartes dividía en tres substancias: la *res cogitans* (el intelecto humano), la *res extensa* (el mundo) y la *res divina* (el intelecto divino).



Figura 10. El ejemplo de la Catedral de San Pablo, en Londres, permite exponer las principales teorías de la percepción de los tres empiristas Locke, Berkeley y Hume, las cuales sentaron las bases de la fenomenología de los siglos subsecuentes.

lo hacen desde momentos históricos diferentes, sino porque sus interpretaciones son radicalmente distintas y permiten comprender los derroteros que seguirá la comprensión sobre la percepción en los siguientes siglos, principalmente el desarrollo de la fenomenología durante los siglos XIX y XX, la cual evidentemente modificará la comprensión de la obra arquitectónica.

FUENTES CONSULTADAS

- BERKELEY, George, *Comentarios filosóficos*, traducido por José Antonio Robles, México, UNAM, 1989.
- BERKELEY, George, *Berkeley's Philosophical Writings*, Nueva York, Collier-Macmillan, 1980.
- EMMANUELE, Pietro, *Los cien táleros de Kant. La filosofía a través de los ejemplos de los filósofos*, Madrid, Alianza, 2003.
- HUME, David, *Investigación sobre el conocimiento humano*, Madrid, Mesta Ediciones, 1990.
- LOCKE, John, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, México, Centro de Estudios Públicos, 1987. En www.cepchile.cl/cep/site/art/20160303/asocfile/20160303183403/rev28_locke.pdf.